

que hizo exclamar a San Agustín: «¡Oh, hermosura siempre antigua y siempre nueva, qué tarde te conocí!»

Cuando volvió de su arrobó se encontró rodeado de palurdos asombrados.

—¿Qué hacías ahí?, le preguntó el palurdo más viejo.

Y entonces el poeta les contó las excelencias del lirio de los campos. Como eran gentes sencillas sus oyentes, sin gran esfuerzo su palabra reveladora pudo construir un par de gafas doradas para que todos ellos contemplasen la hermosura del lirio de los campos. El purísimo ambiente diáfano de la campiña bañada de sol en aquella hora matinal, se volvió él mismo una enorme lente dorada a través de la cual se asomaban a mirar la tierra los serafines encendidos de amor. Los palurdos miraban el lirio y los querubines miraban al poeta. Y palurdos y querubines sonreían con efusión.

—¡Qué bella flor!, decían a coro los palurdos. Y empezaron a reñir, disputándose.

Y como toda disputa ofende a Dios, aquélla rompió el encanto y el diablo, que acechaba celoso, pero que hasta entonces no había podido romper el círculo de la gracia divina creado por la oración del poeta, logró penetrar al corro.

Lo primero que hizo aquella mala bestia fué quitar los anteojos dorados al poeta, como se los quitaba tantas veces, y lo dejó ciego (el poeta era miope rematado y casi no podía ver sin el auxilio de sus lentes). Después, guió los pasos del boticario del pueblo cercano que andaba por allí contratando unas cuantas yerbas medicinales, hasta hacerlo llegar al encantado grupo.

—¿Qué hacéis allí, bobos? preguntó el boticario. Preferible era que me dijérais si tenéis de venta melisa, ruda y manzanilla.

Los palurdos le dijeron que habían encontrado una joya maravillosa y se disputaban su posesión. Y le señalaron el lirio.

—¡Qué partida de simples! dijo el boticario. Verdad es que un loco hace ciento. Esto es obra del amigo de las greñas, que anda por aquí. Pero fijáos, bobos. Allí cerca hay todo un campo lleno de lirios. Cada uno de vosotros puede llevarse ciento sin necesidad de reñir.

Y los palurdos vieron que, efectivamente, aquella flor abundaba por aquellos contornos.

Y se llamaron a engaño y apostrofaron al poeta, que como ya no tenía lentes no les pudo responder y se limitó a implorar humildemente de uno de ellos que le sirviera de lazarillo hasta la próxima población.

—Es cierto, les decía: el boticario tiene razón. Yo soy un pobre demente. Pero, ¡sed compasivos! y llevadme hasta la próxima población.

—Y cómo pudo venir aquí a engañarnos el muy bellaco y farsante y no puede regresar, decía el palurdo más viejo. Al fin cedieron a sus súplicas y lo condujeron a donde quería ir.

La visión del poeta fué una visión de verdad. El que haya miles de lirios sólo quiere decir que hay miles de obras divinas prodigiosamente bellas y magnificentes. Innumerables son las estrellas de los cielos y las flores de los campos y las arenas del mar. Cada obra del Señor es una maravilla de gracia y de belleza. La deficiencia no está en sus obras sino en los ojos que las contemplan, que a su vez son obra suya, perfecta en su relatividad.

El Señor a ti, a quien ama, a veces presta sus anteojos luminosos y entonces te acerca a la Verdad. Pero oye bien esto que te voy a decir: No te quejes de los palurdos. Ellos también tienen razón cuando te afirman que los lirios son incontables. Si también pudieran ver por tus

anteojos dorados ya no querrían sembrar más, sino que se dedicarían a cantar a Dios como tú. Y es necesario que siembren para ti, mientras tú oras por ellos.

R. ARÉVALO MARTÍNEZ

(El Señor Monito).

74.—La vida junto a los árboles

Estos hombres de Luso, ⁽¹⁾ que viven cerca de los árboles centenarios de Bussaco, no pueden sentir la vida del mismo modo que los hombres urbanos. Y no precisamente porque estén más próximos a la naturaleza. Tanto se ha dicho de la naturaleza, que ya se la ha reducido a una palabra convencional. La naturaleza quiere decir el campo. Nadie supone que en las ciudades se puede vivir tan naturalmente como en el monte. Sin embargo, es así. Porque lo natural, la naturaleza, en la ciudad y en el campo, refiriéndose al hombre, es el hombre mismo. Lo diferente, en todo caso, es el ambiente. Pero diferente sólo desde un punto de vista crítico. Dentro de las maneras de vida, en las relaciones del hombre con el medio, no hay diferencia ninguna. Para un ciudadano, la ciudad es un ambiente tan natural como el campo para un campesino.

Mas el hombre de la ciudad y el del campo se diferencian en la manera de apreciar la eficacia de la acción. El ciudadano siente el límite de su acción dentro del límite de su vida. Sabe que puede principiar y terminar su obra. La vida le alcanza para hacer algo. Entre otras razones, porque este algo siempre es una cosa restringida e independiente a su vida. Muchos de los hombres que viven en las ciudades han terminado ya su obra. En la diferencia entre el plazo de su obra y el término de su vida, el hombre de la ciudad puede encontrar un período de regalada y ociosa senectud, que a veces se inicia en plena madurez vital y no pocas veces en la cuna misma.

El campesino siente, en cambio, que el límite de su esfuerzo se confunde con el de su vida. Una casa, una fábrica, un cuadro o una idea se construye en un tiempo determinado. Tiene, por lo menos, la posibilidad de terminarla. Pero en el campo ocurre lo contrario. El hombre no termina nunca de cultivarlo. Antes que la tierra se agote, se agotan los hombres y las generaciones. Desde que nace hasta que muere, el campesino ve nacer y renacer, año tras año, la espiga de trigo, y aunque la siegue año tras año, la espiga renacerá siempre.

Los árboles que cortan los campesinos de Luso no los han sembrado ellos ni sus padres. El campesino, es verdad, hace su casa. Pero lo propio, lo natural del campesino, no es la casa, sino el árbol. Los hombres que plantaron los cedros de Bussaco, hace varios siglos que están hechos polvo. No obstante, los cedros crecen y engrosan todavía, y no es muy probable que sean los hombres actuales los que los corten.

Esta continuidad irremisible del trabajo campesino es lo que les da a los hombres un sentido eterno del esfuerzo. El hombre del campo no tiene prisa. Sabe que su trabajo no será más que una aportación mínima a los grandes trabajos de las generaciones. Mientras el hombre de la ciudad vive en función de su trabajo, él trabaja en función de su vida. Por esto, las empresas heroicas, aquellas en las que la vida es lo de menos, las realizan con mayor tenacidad los hombres del campo.

CÉSAR FALCON

(El Sol, Madrid).

(1) Aldea portuguesa.